

PRECIOS
DE
LA SUSCRICION
UN PESO MENSUAL EN LA HABANA
y 10 rs. fts.
EN EL INTERIOR
FRANCO DE PORTE.
Redaccion
CALLE DEL SOL N. 116.
A DONDE SE DIRIGIRAN
LAS COMUNICACIONES
Y RECLAMACIONES.



ESTE PERIODICO
SE PUBLICA
LOS DOMINGOS.
La Administracion
Está en la misma casa
DE LA
REDACCION.
EL NÚMERO SUELTO
Se vende á 3 rs. fts.

EL MORO MUZA.

Periódico satírico burlesco de Costumbres y Literatura,

DULCE COMO LOS DÁTILES, NUTRITIVO COMO EL ALCUZCUZ,

Y DIRIGIDO POR

JUAN M. VILLER GAS.

MEMORIAS DE UNA VIUDA.

II.

(Continuacion.)



Como ya he dicho, D. Froilan, habia logrado reunir un buen capital á fuerza de rigurosas economias y colocando su dinero al mayor interés posible en manos no quebradas, se entiende. No era él hombre que aventurase un peso, tan siquiera en ninguna empresa, por mas probabilidades que tuviese allá en su previsor meollo de obtener pingües resultados y aun gangas. Odiaba de muerte los bancos y las cajas, que, en su opinion, son como la de Pandora. En cambio ensalzaba hasta las lágrimas aquellos dichosos tiempos de sempiternas ferias, de placenteras reuniones, de bulliciosos bailes, ya en la ciudad, ya en los pueblos, ó en el campo; aquellos tiempos en que corria el oro, maná del cielo californiano, pasando de una mano á otra, á manera de juego inocente é infantil, para ir á parar á las impacientes manos de los ávidos prestamistas. En aquella época, decia D. Froilan á mi padre, en aquella verdadera edad de oro,

todos tenian, todos vivian, todos pagaban.

Merced, pues, á esas ferias, á esos bailes y romerías, D. Froilan, enemigo de los *cedazos*, en general, y en particular del prohibido del monte, logró, sin jugar, asombrosas ganancias, bebiendo..... el agua, como decirse suele, al pié del coco, pues sucedia amenudo que cobraba por la noche con fabulosa usura el dinero que por la mañana prestára.

Pasada esa época, se dedicó nuestro hombre á socorrer, mediante el correspondiente premio, se entiende, y previas las seguridades de dos firmas de crédito y el fotográfico retrato, á los pobres de bolsillos, aunque ricos de esperanzas. Quiso su buena suerte, que *inglés* habia de ser para no tenerla, que sus *marchantes* cumpliesen con él con una puntualidad bien rara por cierto; y si á esto se agrega que era económico hasta rayar en miserable, facilmente podria calculársele un capital muy decente, si bien adquirido por medios que no lo son. De dia se le encontraba en la "Lonja," haciendo negocios que *amarraba* siempre con gran sagacidad; luego iba á informarse de la interesante salud de sus queridos *marchantes* ó de los fiadores de estos; y de noche pasaba revista de presente á sus *peluconas*, á sus *huerfanas* como él las llamaba.

Varias veces le asaltó á D. Froilan la idea de casarse, pero, al meditar acerca de los gastos que origina el matrimonio, habia

desistido de aquel intento. Transcurrieron años y mas años. La primera vez que me vió hubo de prendarse de tal modo de mí, que quien habia renunciado á Satanás, á sus pompas y sus obras, se resolvió á hacer el sacrificio de su dinero en obsequio mio. Constituian toda su parentela dos sobrinos, regalo de una hermana suya, que, al dejar el mundo, se los mandó para que le cuidasen en la vejez. Eran estos dos sobrinos un par de alhajas, de pésima educacion, de perversas pasiones que encubrian bajo la capa alaz de la mas refinada hipocresia, aparentando hácia su queridísimo tío un cariño verdaderamente filial.

Estos muchachos, decia D. Froilan, me quieren, al parecer, como dicen los escribanos, que, todo lo ponen en duda menos *las costas*, y eso porque las palpan con sus... manos.

El viejo, pensaban los sobrinos, no debe tardar en pasar á mejor vida, y como no tiene mas parientes que nosotros, claro está que seremos sus herederos. ¡Que porvenir tan grato nos espera!

Mientras se mantuvo D. Froilan sordo á los halagos de Cupido y de Himeneo, los dos sobrinos aguardaron con paciencia la hora en que le tocara á su tío ir á dar á Dios estrecha cuenta de sus fechorías; mas al enterarse de la resolucion que adoptara éste de tomar estado, fraguaron ellos la de heredar en vida, dándose al efecto tal maña

y obrando con tan asombrosa astucia, bien rara en unos Cacos *dilettanti*, que de la noche á la mañana echó de ver D. Froilan que sus sobrinos habian desaparecido en compaña de las inocentes *huérfanas* que se fueron con aquellos bribones á tomar el fresco á los Estados-Unidos.

Mal podria pintar la desesperacion de D. Froilan. Salvo algunas sumas dadas á rédito, le habian chupado los sobrinos toda la miel de sus botijas. Basta decir que intentó ahorcarse, lo cual no pudo verificar por haberse roto el clavo del que pendia la cuerda, recibiendo en cambio un costalazo mayúsculo que le impidió repetir su intento. Luego la calma renació en su afligido pecho, recordando el pobre á su futura esposa y particularmente los treinta mil *grullos* de dote con los cuales se proponia ya volver á *trapichear*.

Circuló por toda la Habana la noticia del robo de las *huérfanas* con la rapidez acostumbrada en lances de crónica escandalosa y abultándose el suceso hasta el grado de decirse que, le habian pillado al viejo un millon de pesos. Personas hubo que, sin saber quienes eran las tales *huérfanas* y suponiéndolas de carne y hueso y como tales pecadoras, aseguraban que hacia tiempo que los sobrinos llevaban ocultas relaciones con ellas. Otros sostenian que aquellas incautas fugitivas eran hijas de D. Froilan, que las tuvo de una señora en extremo recatada á quien engañó dos veces el aleve usurero.

Cuando éste contó en casa el tristísimo fin que habia tenido el fruto de tantos sudores, angustias y privaciones, mi padre le compadeció sinceramente, procurando consolarle con el relato de los infinitos robos que se cometen en este mundo sublunar.

—Sin duda alguna, le dijo, no tuvo V. la precaucion de examinar frenológicamente las cabezas de sus sobrinos; á haberlo verificado, hubiera V. reparado en ellas en completo desarrollo el órgano de la adquisividad. Ese órgano se manifiesta sobre el cráneo bajo la figura de un chichon muy comun en los niños que están destinados á ser con el tiempo monopolistas, corredores intrusos, contratistas, formadores de compañías dramáticas de la legua y revendedores de palcos y lunetas. Ese chichon va desapareciendo poco á poco, si se procura desarrollar en el cráneo del niño la vecina protuberancia de la veneracion, enseñándole entre otros ramos de conocimientos humanos el de la ciencia de Gall, que es muy útil, curioso y al alcance de todos los hombres de cabeza.

Tocó D. Froilan suspirando la cuestion del matrimonio, asegurando que solo y solo por mí no habia buscado otro clavo mas fuerte para ahorcarse. Mi papá, que, desde que supo la historia del robo, no estaba ya por lo del casamiento, se esmeró, en un discurso tan florido como elocuente, y sobre todo largo, en probar á D. Froilan que todo el que se ahorca hace una triste figura y da inequívocas pruebas de pésimo gusto y aun de ridícula é infantil necesidad enseñando la lengua.

—No hablemos mas de eso, repuso D.

Froilan; tratemos de la boda.....

—Hay mas, exclamó mi padre, que se hacia el sueco tocante al casorio; hay mas: la moral, la sogá, la sociedad, el jabon, la religion, el clavo..... en fin..... las leyes, el taburete, el escándalo, la mueca.....

—¡Oh! En un raptó de desesperacion..... Ahora bendigo el clavo al cual debo la dicha de casarme con mi idolatrada Conchita. ¿No es así, coronel?

—Amigo mio, dijo mi padre, han llegado á mis oidos ciertos rumores que nos han alarmado á mi hija y á mí. Dicen por ahí que vivia V. con una porcion de huérfanas..... que sus sobrinos..... que una señora que no dió su nombre..... pero que, no obstante, le dió á V. esa porcion de infelices criaturas..... ¿Qué sé yo? Ya V. ve que todo eso no es muy claro, y por tanto...

—Ya comprendo, ya comprendo, dijo D. Froilan levantándose del asiento y tomando su sombrero; no contestaré á esas habillitas del vulgo, á esos chismes, á esas calumnias. Mi único delito es el de haberme empobrecido. Oros son triunfos, coronel. Bien conocia yo el valor del dinero que poseia, y no ignoro, por tanto, que nada valgo ahora.

Dijo, y saludándonos cortésmente salió de la casa, triste, mohino y mas amarillento que nunca.

—No faltaba mas, exclamó mi padre, que fuera yo á tener por yerno á un hombre arruinado, achacoso y además tan vulgar, amen de que su cuna es oscurísima. ¡Froilan Pompon! ¿No les parece á ustedes ilustre semejante apellido?

Al instante dispuso mi padre que llevarsen á casa de mi ex-novio el regalo de boda con que éste me obsequiara, y en una carta muy atenta se le participaba al pobre viejo mi firme resolucion de entrar en un convento.

Yo estaba que no cabia de gozo, corriendo como una loca por toda la casa, abrazando repetidas veces á mi padre, á quien daba gracias por lo que habia hecho, y bendiciendo secretamente á los sobrinos y á las huérfanas, autores de mi dicha y alegría.

III.

Mi primer marido.

A vosotras, ¡oh mugeres! sexo encantador y la mas bella mitad del género humano, dedico la historia de mi primer difunto, para que la leais, no como se leen ciertos modernos artículos de *fondo* sobre economía política, sino con meditacion, segura yo, como lo estoy, de que escarmentareis en cabeza ajena. Me dirijo particularmente á las solteras incautas, dotadas de un corazon sensible é inclinado al amor; no hablo con las viudas que se casan, pues mal pueden alegar ignorancia sabiendo lo que se pescan.

Yo solia ir los domingos á oír misa á la iglesia de....., acompañada de mi negrita Lugarda. Hay en mi país una costumbre, que debiera en verdad corregirse en obsequio de la veneracion y profundo respeto

de que es tan altamente digna la santa casa de Dios, y es la de verse invadidas las puertas de los templos, como si fueran éstos coliseos, por una turba de pollos barbilampiños y tambien pollones barbudos, atraídos por el olorito que exhalan las pollitas y polloncitas devotas ó no devotas que concurren á las iglesias. Lo cierto es que á mi entrada ó salida del templo oia un diluvio de galantes piropos que me ponian tan hueca como un malakoff. Entre estos señoritos habia yo reparado en uno que siempre me miraba, poniendo la cara compunjada y los ojos en blanco, y señalando con la mano derecha su corazon. Era jóven, elegante y de agradable presencia. No imitaba á los demas mocitos requebradores: solamente se le oia exhalar un doloroso y hondísimo suspiro. En el templo demostraba mucha devocion, rezando al parecer, quiero decir, moviendo los labios, pero sin dejar por eso de lanzarme miradas lánguidas y dolientes. Al principio le tomé por un vergonzante desertor de Mazorra, luego por un romántico enamorado, y últimamente por un hombre que me amaba con frenesí. Un dia, al salir de la iglesia, me entregó Lugarda con mucho misterio en la volante una esquelita perfumada. No me atreví de pronto á abrirla, pero venció en mí la curiosidad y la leí en mi cuarto una, dos, qué sé yo cuantas veces. Era una epístola amorosísima, en extremo espresiva y delicada. Decíame en ella mi galan que estaba hastiado de la vida y resuelto á tomar una dosis de ácido prúsico si no se daba prisa á consolarle algun ángel sin alas, alguna hermanita caritativa con quien estaba dispuesto á casarse cuanto antes, sin muchos rodeos ni conversaciones insulsas y ociosas. En la postdata agregaba mi desesperado amor: "Si no se digna V. contestarme, ¡ah! sírvase V. al menos rezar un Padre-Nuestro y dos Ave-Marías por el alma del infortunado, *Cárlos Peine*.—Otra.—¡¡Respetad á los muertos!!"

¡Triste de mí! Yo no conocia el mundo. Se me figuraba que los hombres todos eran pundonorosos y jamás faltaban á sus palabras y promesas. ¡Luego iba yo á ser causa de la muerte de aquel pobrecito jóven, buen mozo y simpático, si me mostraba esquivá á sus amorosos deseos! ¿Cuál era, por otra parte, su delito? El amor. ¡Oh! no, no debo, no quiero, exclamaba yo, que *Cárlos* tome el ácido prúsico. Además, él desea casarse conmigo. Yo no sé, pero me parece que amo á *Cárlos*..... Estoy por creerlo.

Contestéle, pues, derramando en su afijido corazon la dulce esperanza, bálsamo de los enamorados. Animado *Cárlos* con mi carta, volvió á escribirme, y por último, ocho dias despues ya platicábamos por la ventana de mi casa. Su conversacion sabrosísima, sus finos modales, sus elocuentes miradas, su talento y sus continuas protestas de amor y fidelidad, me fascinaron completamente: yo estaba enamorada. Una noche le ví, con la mayor sorpresa mezclada del mas grato placer, entrar en mi casa, hablar con mi papá y poco despues ponerse á jugar al tresillo con éste y D. Ansel-

mo Codillo. El muy picaron ocupaba el puesto de D. Claudio Puesta, quien le mandara al intento por hallarse rabiando de las muelas. El Sr. de Puesta le había dado á Carlitos una carta de recomendacion para mi papá, sumamente lisonjera. Carlitos confirmó los elogios que de él se hacian en aquella, con su amena conversacion, finísimas maneras, chistosas ocurrencias y particularmente con su franqueza y serenidad en el juego. El bribon se dejaba dar codillo por mi papá, cuyas simpatías se captó desde luego. Colocada yo detrás de mi padre, no cesaba de mirar á Cárlos. ¡Cuán feliz era yo! Cárlos con extraordinaria viveza atendia á todo, al juego, á la conversacion y á mí. Cada mirada suya era una saeta que traspasaba mi corazon.

Deliciosa fué aquella noche para todos, menos para D. Anselmo, que fué el pagano de la diversion.

—Ese jóven, le dijo á mi padre, que se reia como un loco, ese jóven es muy amable, fino y jovial; pero habla mas que un relator; eso distrae, eso desvanece. Soy franco: si volvemos á jugar con él, ha de ser con un buche de agua en la boca; de lo contrario, *paso*.

No bien habia trascurrido un mes, ya Cárlos almorzaba y comia en mi casa. No tan solo caia á mi padre como una pluma por sus cuentos y graciosidades, sino que llegó á ser su consejero y secretario privado. Carlitos le hablaba, entre varios proyectos de su invencion, de una colosal empresa en la cual se podia ganar cuatro ó cinco millones de pesos. Se trataba nada menos que de comprar á bajo precio y con el mayor secreto todos los gatos, y con preferencia las gatas que hay en la isla, y encerrar estos animalitos en barracones; en seguida fletar buques que por lastre traerian cargamentos de ratas y ratones de la mejor casta, los cuales desembarcarian de incógnito y sin papeleta, esparciéndose en todas direcciones á buscar fortuna. Aquí del monopolio: cada gato se venderia á media onza, las gatas á onza y aun dos onzas. Claro está que los pobres que mayor necesidad tienen de gatos pasarían malos ratos; pero á la Empresa rato-gatuna no le era posible en conciencia renunciar á los cuatro millones que se prometia obtener, tan solo por darle gusto al público, que, segun la opinion de todas las Empresas, es generalmente muy ingrato, exigente y chismoso.

En fin, cuando el astuto Cárlos se hubo cerciorado del afecto casi paternal que le profesaba mi papá, le dijo á éste un dia que no podia continuar visitando nuestra casa, por temor de abusar de la bondad con que, sin merecerla, se le habia acogido en ella; que, sin saber cómo y sin poderlo remediar, estaba locamente enamorado de mí, y que, si bien sus rentas le permitian sostenerme con el mayor decoro, no se consideraba digno de mi preciosa mano.

Todo esto lo dijo con tan aparente verdad, con tanta modestia, con tanta tristeza, que no pudiendo mi padre resistir á ese sublime rasgo de abnegacion y honradez, le

abrazó tiernamente, prometiéndole que me hablaria en su favor.

Ocho dias despues recibimos la bendicion nupcial. Hubo un magnífico banquete, y diciendo banquete, inútil es añadir que asistió una respetable cohorte de guagueros, que desde la vispera afilaron sus destructores colmillos. No faltaron al convite algunos hijos de Apolo, que aunque solteros, cantaron las bienaventuranzas del matrimonio con el entusiasmo de unos viudos inteligentes y prácticos. El Sr. de Puesta improvisó en mi loor unos versos que todos sabíamos de memoria. El Sr. de Codillo, con la mayor gravedad, pronunció un luminoso discurso en que se esmeró en probar que si los hombres todos se casaran al cumplir los quince años, no habria tantos solteros. Mi padre lloraba de puro contento, y aun de orgullo, al oir las alabanzas mil de que éramos objeto mi esposo y yo. Por último, se cantó y se bailó hasta una hora muy avanzada de la noche.

(Se continuará.)

ZULEMA.

CARTA

DEL MARINERO ANTON

Á LA COSTURERA BLASA.

La otra noche estaba yo
En la puerta de mi casa,
Cuando á mi lado pasaste,
Hermosísima fragata.

Ibas echando diez millas,
Ligera como una barca,
Con el escudo de *popa*
Tan ancho como la manga.

Quedème, al verte, en franquía,
Poniendo á pique mis anclas,
Y eché á andar á todo trapo
Izando bandera blanca.

En la taberna de en frente
Poco antes hice mi *aguada*,
Para emprender un viaje
Hacia el puerto de las gangas.

Mas los fuegos de San Telmo
Que por los *topes* llevabas,
Cual dos vistosos fanales,
Marcaron rumbo á mi marcha.

Orzabas tú en las esquinas,
Y orzaba yo cuando orzabas;
Seguía, cuando seguías
A un largo, dándote caza.

Si andabas de vuelta y vuelta,
De vuelta y vuelta yo andaba,
Poniendo tu *marcha* á prueba
Con todas mis velas largas.

Al verte sin rumbo cierto
Surcando calles y plazas,
Con la bandera al *tringuete*
Cual si práctico buscaras,

Dí de andar y en el momento
Me puse contigo al habla,
Diciéndote mis afanes
Con las *vocinas* del alma.

Viraste, al verme, de pronto,
Y largaste una andanada
Que de *babor* al costado
Mil rumbos me hizo de á cuarta.

Izé mi bandera al punto,
Diciéndote que marchaba
De *bolina* y viento fresco
Para el puerto de Casaca.

Pero te dije que en *lastre*
¡Pobre de mí! navegaba,
Y que mis pocos *lingotes*
No eran *lingotes* de plata.

Y virando por redondo
Cual si dijera una infamia,
Con alas y arrastraderas
Derribaste hácia tu casa.

Pasaron dos *singladuras*
Y tú en el puerto abrigada,
Calaste los *masteleros*
Echando tranquila el ancla.

Yo desde entonces navego
Con mi bandera á media asta,
Bloqueando dia y noche
La barra de tu ventana.

Alguna vez me acodero
Echando á la mar mis anclas;
Mas, solo escucho por fuera
El huracan de tu rabia.

Si tienes práctico á bordo,
Avisa, estrella del alma,
Pues nada sabrá tu tia,
Que es mi libro de bitácora.

Avisa para que al punto
De la vuelta afuera me haga,
Que primero doy de quilla
Que dar remolque á otra barca.

Pues soy celoso en extremo,
Cual buque de poca manga,
Y que me rocen los cables
No he de consentir por nada.

Deja que mire en tus ojos
Los faros de mi esperanza,
Deja que aspire en tu aliento
Las brisas de la mañana.

Eres mi estrella del Norte,
Y mi brújula se halla,
Apuntando dia y noche
Por el imán de mis ansias.

Eres mi horizonte claro,
Mi hermoso mar en bonanza,
Y despues de la tormenta
Eres mi apacible calma.

En fin, yo me voy á pique,
Preciosísima fragata,
Y solo ya me sostiene
El ancla de la esperanza.

A RIO REVUELTO, GANANCIA DE PESCADORES.

Hasta este popularísimo refran se ve desmentido en la ciudad de la Habana, donde toda la ganancia es de los pescadores, y eso que jamás anda el río revuelto, por la sencilla razón de que no hay río. Verdad es que, si bien se mira, la ganancia no es aquí tan segura para los pescadores que pescan el pescado como para los que pescan al público, los cuales parecen dispuestos á suprimir once meses de los doce que tiene el año. No se sabe de fijo con cual se quedarán, si con el de Febrero por ser el correspondiente al signo de *Piscis* en el Zodíaco, ó con el de Agosto, que es el que mas promete á toda clase de recolectores. Probablemente se decidirán por el último, y poco les importará que nosotros creamos vivir en Diciembre ó Enero mientras ellos hagan su Agosto.

Y ahora, con la llegada de la numerosa falange morisca que forma la redacción de este periódico, deben prometérselas muy felices, por aquello del refran que dice: "á mas moros, mas ganancia;" pero en esta parte se llevan un chasco tan grande como los parisienses al ver la manifestación que últimamente dirijieron varios italianos al alcalde de Turin, la cual estaba encabezada con estas palabras, que parecen parodiadas, al Molina-tipo, del frontispicio de Sta. Genoveva ó Panteon: "*¡A la Francia, la Italia reconocida!*" Dígolo, porque todo lo que los italianos proponen como muestra indeleble de su gratitud, es que los franceses levanten en París un gran monumento, lo cual equivale á decir: "si quieres comer conmigo, te convido á pagar," ó á regalar unos buenos botines, á razón de cuatro y seis reales fuertes.

Sin embargo, á ser, como debe serlo, exacta la traducción que del espresado documento hizo el martes último un periódico de esta capital, no anduvieron escasos los esponentes, supuesto que regalaron á Francia una *nación*: al menos así se infiere de los términos con que la esposición da principio y son los siguientes: "El reconocimiento á la generosa nación de Francia, está grabado en el corazón de todos los italianos." En efecto, si los firmantes no tratasen de obsequiar á Francia con una nación, lo que no es moco de pavo, hubieran dicho simplemente: *á Francia*, ó cuando mas, *á la nación francesa*; pero una vez que dijeron: *á la nación de Francia*, debe creerse que tratan de hacer á Francia un bonito presente, no con una nación de los italianos, sino de la misma Francia, que, por un descuido semejante al del Médico á Palos tenía una nación sin haber reparado en ello. Esto se entiende, partiendo del supuesto de ser cierto que los italianos hayan dicho tales cosas al buen alcalde de Turin, que debió quedarse absorto al ver la comunicación, pues de lo contrario habria que hacer cargos al traductor, aconsejándole que otra vez no se quede tan corto si quiere lucirse,

y que, para mas enaltecer á la nación francesa, la llame nación del país de Francia, lo cual será de tan buen efecto como la siguiente reflexión que se hacia un amante contemplando la hermosura de la dama de sus pensamientos:

¡Oh! ¡que bello es el rostro... del semblante... De la fisonomía... de su cara!

¿Será posible que Francia ignorase, hasta que se lo han dicho los italianos, que tenía una nación? Parece probable, y, por otra parte, ¿qué país del mundo se ve libre de eso que llaman olvidos involuntarios? Ahí está nuestra cara patria, que hasta hoy nos habia parecido huérfana y no lo era por cierto, segun se deduce de la lectura de un *alcance* de la última semana, que, entre otras cosas, anunció la llegada á París de una señora..... madre de España. Lo mas que hasta ahora se habia podido averiguar era que España tenía hijas, pues como tales debemos considerar á las repúblicas hispano-americanas; pero en cuanto á su madre..... ya solo falta que se descubra el padre, y que éste, aprovechando la oportunidad de unos buenos natales, repita los siguientes versos, últimos de un rollizo soneto que el día 1.º de Octubre se publicó en la sección de anuncios de la *Prensa*:

"Nuestros hijos dirán: ¡tenemos padre
Que trata con cariño á nuestra madre!"

Iba diciendo que los que pescan al público se felicitarán por la llegada de los moros, pero chasco se llevan, porque antes que pagar cuatro reales por cada libra de pescado consentirá el *Moro Muza* en meterse á pescador, para lo cual ha hecho ya su ensayo que no le salió del todo mal, pues, en un paseo que dió el otro día por la orilla del mar se vió punto menos que perseguido por multitud de peces. Esto prueba la abundancia de pescado que hay en el golfo, si bien es cierto que los tales peces no tanto salían para probar su abundancia cuanto por recibir á varios proscritos de su especie que despues de vivir entre la nieve algunos días fueron nuevamente arrojados al mar por el *Moro Muza*.



Dirán que eso de meterse á pescar es de mal gusto; pero al contrario, desde los tiempos primeros del mundo el ejercicio de la pesca fué muy considerado, y cuando mas tarde sonó la hora de la redención, es bien sabido que el mismo Jesucristo hizo de un pobre pescador la piedra angular de su igle-

sia. No debe, pues, prestarse oídos á las hablillas de algunas personas, máxime cuando quizá estas sean de las que acostumbran á pescar truchas á bragas enjutas.

¿Qué ha de hacer en la Habana un hombre que no sea rico, para comer pescado? Pescarlo; porque de otro modo no podría comerlo. Para que puedan hoy saciar su apetito los aficionados, necesitan ser poderosos como Crespo, he dicho poco, necesitan ser mas ricos que el conde de Monte-Cristo y casi tanto como D. Fernando de Aguilar. Esto es imposible, porque solo de siglo á siglo se presenta el ejemplo de una de esas fortunas fabulosas, y de consiguiente hay que dedicarse á pescar algo.

Por otra parte puede decirse que en este mundo todos somos pescadores mas ó menos disfrazados. ¿Qué hace el *Moro Muza* desde que se metió á periodista, mas que pescar vicios ó defectos en el río revuelto de las costumbres y de las publicaciones literarias? ¿Y que hacen algunos escritores mas que tratar de pescar suscritores con caña ajena cuando no pueden conseguirlo con la propia? Lo mal del negocio para estos últimos, está en que por lo regular usan mal cebo, cuando no sueltan el hilo sin anzuelo; de modo que parece que se formuló exclusivamente para ellos el refran que dice: "pescador de caña mas come que gana." En esto como en todas las cosas, el secreto consiste en entender el *basilis* si se han de pescar peces gordos y buenas posiciones.

El *Moro Muza* tiene una cosa para esto de pescar que suple á la inteligencia y es la suerte. No hace cuatro días que le costaba trabajo ser inquilino y ya le tienen ustedes hecho un casero. A lo menos así se lo asegura el ya conocido hijo del Judío Errante.

—Señor Muza, le dijo el otro día: buena la hemos hecho con el artículo aquel de la *Pica en Flandes*.

—¿Pues que sucede?

—¡Una friolera! Que un periódico de los mas graves y circunspectos que salen á luz en la calle de Aguiar, se ha puesto hecho un venablo por eso de haber usted referido lo que le sucedió con el casero de la calle de las Virtudes, diciendo que en este país donde todo marcha como un cronómetro no se debe criticar nada so pena de caer en ridículo, y en fin que una cosa es la escepcion y otra la regla, lo cual quiere decir que no todos los caseros de aquí son como el que V. pintó.

Preciso es confesar que esta interpretación aflijó al *Moro Muza* en extremo, haciéndole llorar con tan buenas ganas como si estuviera leyendo una de esas mortales elegías de que por aquí son tan fecundas las musas de munición. Por que las cosas deben tomarse segun de donde vienen, y los ataques de un periódico tan formalote como el indicado arrancarían lágrimas al corazón mas empedernido. Por fin se calmó el buen Moro y para volver á la gracia de un tan sesudo colega como el aludido protestó en debida forma dos cosas 1.ª Que no pintó él al casero de la calle de las Virtudes, pues

dicho señor se basta para pintarse á sí mismo tal como le hizo la madre naturaleza. 2ª que al hablar de un caso especial no fué su ánimo comprender en la crítica del real ó supuesto caso á todos los caseros de la ciudad. Así, en efecto, lo entenderán todos los que quieran ó sepan leer el artículo de la Pica en Flandes, pues, ya se ha dicho que con los demas no se habla. Y con respecto á eso de ser todo tan perfecto en este pais que nada pueda criticarse sin cometer una injusticia, el *Moro Muza* se alegra mucho de saberlo, pues hasta la presente habia creído que aquí, como en todas partes, resaltaban las virtudes por su contraste con los vicios. Una vez que no es así, se felicita el *Moro Muza* doblemente de vivir en una sociedad modelo: esto le hará dar un cuarto de conversión y en vez de criticar muchas cosas que hubiera juzgado susceptibles de enmienda se dedicará como de oficio á elojiarlo todo, papel que sobre no presentar inconvenientes, suele ser muy socorrido en todo lugar y tiempo.

—Pero, es el caso dijo D. Juan, que tambien algunos caseros se han amostazado por que V. les ha llamado caseros.

—¿Pues como se llaman? contestó el *Moro Muza*. En España se da el nombre de caseros á los dueños ó propietarios de las casas.

—Aquí se les da el nombre de propietarios y el de caseros se reserva para los vendedores y compradores.

—¿Esas tenemos? exclamó el *Moro Muza*, loco de contento, ¿con que ya soy casero, yo que hace un mes habia perdido la esperanza de ser inquilino? Amigo mio, veo que aquí haremos progresos rápidos y ahora mas que nunca, pienso meterme á pescador pues con el viento que nos sopla espero hacer una fortuna tan grande como la que disfruta ¿quien diré? D. Fernando de Aguilár.

—Ya me contentaria yo con lo que malgasta su criado Pepe, dijo D. Juan, para reirme de los mas poderosos banqueros de ambos mundos.

Esto diciendo el secretario del *Moro Muza*, dejó á este señor entregado á sus *pesquisas*, por que ahora todo su lenguaje se resiente de su afición á la pesca, tanto que anda muy atareado en la *pesquisicion* de la etimología de la voz *pesca*, con que se designa el asiento de los cocheros en los carruages, y de no vivir aquí se alegraria estar en *Pescara*, nombre de una ciudad italiana, que revela mucho bueno, sino anda por allí el mundo al revés.

Por lo demas, la única duda que se le ocurre es, si en el nuevo ejercicio será pescado por alguna ballena como la que se tragó al profeta Jonas en su viaje á Ninive, ó si tropezará con algun *hombre pez* como aquel de que nos habla el padre Feijóo. Mas facil será en estos contornos lo segundo que lo primero, pues por aquí hay muchos bípedos que tienen agallas. Sea como quiera, el *Moro Muza* echará el anzuelo en el agua como muchos escritores ponen la pluma en el papel, esto es, á salga pez ó salga rana.

EL MORO MUZA.

RESPUESTA

DE LA COSTURERA BLASA

AL MARINERO ANTON.

Ya veo, Anton, que me incitas
Con bien *festonadas* cuitas,
Y que no hay quien te descalce
Para *enhebrar* esas citas
Que te dan cierto *realce*.

Sin *adornos* me prefieres
A otras que dan en lucirse,
Y aun verme á la *moda* quieres,
O como suele decirse,
De veinticinco *alfileres*.

Y no cabe mi ilusion
En un *dedal*, ni en dos orzas,
Viendo arrastrar, caro Anton,
La *tela* de tu pasion,
A pesar de sus *alforzas*.

Pero, aunque yo me concentro
Y en la *tramoya* que labras
Fijo *bastidor* te encuentro,
No me pasan tus palabras
De *botones* para adentro.

Ya te he dicho, y ten memoria
De esta *flor* que dar me peta,
Que no ha de *enlazar* con gloria
El *ojal* de tu *chaqueta*
La *cinta* de la victoria.

Mas altos mis humos son,
Y ha de ser quien me unza el *cuello*
Figurin de condicion,
Algo joven, y algo bello,
Y algo rico, y *algo-don*.

¡Dale que me has de *prender*
A *cadena*! ¡Qué engorro!
Y aunque, segun puedes ver,
No quiero de tí ni el *forro*.....
¡*Tigeretas* han de ser!

Vueltas das cual *argadillo*,
Mas bien sé lo que pretendes,
Que en tu afecto hay *dobladillo*,
Pues por el *hilo*..... ya entiendes,
Suele sacarse el *ovillo*.

No estrañes que yo barrunte
Que todas tus *repasadas*
Tienen de asedio *pespunte*,
Y aun sé, sin que lo pregunte,
A donde van tus *puntadas*.

Así, á pesar del *ribete*
De ese amor de viejo *cuño*,
Pienso, galante *corchete*,
Que me estás dando *carrete*
Por pegármela de *puño*.

Si yo, cual muchas señoras,
Me *plegase* á *chicoleos*,
O bien *marcara* deseos
De ir *devanando* las horas
En *volantes* *chichisveos*;

Sobrárame *guarnicion*
De novios de *morondanga*,
Cupiditos de *punzon*
Que cuando entran por la *manija*
Salen por el *cabezon*.

Mas en no hacer de *presilla*
Tengo *puntillo* y *puntilla*,
Y en *rasgar* soy á menudo
Fuerte como una *bastilla*,
Cruda como el *lienzo crudo*.

Y si *enjaretarme* daño
Presumiste por mi *traje*,
Mal has *zurcido* el engaño,
Que aunque mal mi dicho *encaje*,
Soy *remiendo* de otro *pañño*.

Demos ya *corte* á tu queja
Y de poner pronto *deja*
Cuchillos de amor por obra,
Que ocasion habrá de *sobra*
Para *enredar* la *madeja*.

Ir de *punto atrás* procura,
Y aunque en la *aguja* reparas,
Cuando en el *trapo* te amparas,
No te metas en *costura*
Ni en *camisa* de once *varas*.

Ni mas tu seso *devanes*
Bordando amante *faena*,
Ni mas *plegarias* *hilvanes*;
Y adios, que la *Magdalena*
No está para *tafetanes*.

CRÓNICA.

Paseo.—Los Lecheros.—Las afortunadas.—Las tortillas.
—Modos de curar el empacho.—Vendedores callejeros.—La zarzuela.—Almanzor con spleen.—Opera Italiana.

El amigo D. Juan va todas las mañanas á nuestra casa á saborear una taza de aromático café que con sumo primor nos hace *seña* Petrona, la chira vieja de maras. En seguida anota en su cartera los objetos que necesitamos, y que él sabe comprar mas baratos que nosotros, pobres bonachones, como dice el tío Canillitas, y se despide hasta la hora de comer. El lunes último, empero, fué á casa mas temprano que de costumbre. Caballeros, dijo, la mañana está fresquecita y nos convida á dar un paseo. Vamos al barrio del Angel, que hoy, con el plausible motivo de celebrarse en su iglesia la fiesta de San Rafael, hay mucho embullo y una gran concurrencia en aquel sitio. Comeremos las sabrosas tortillas que llevan el nombre del piadoso arcángel, patrono de los señores médicos y boticarios; y además vereis subir la *loma* á mil graciosísimas niñas seguidas, por supuesto, de un número infinito de caballeros. Tomemos, pues, café y á pascar se ha dicho hasta las diez.

Con efecto, salimos todos guiados por el amigo D. Juan. Bien hubiera querido Zaragoza dar el paseo en coche, pues habia tomado afición á esta clase de vehiculos, pero el hijo del andariego le hizo observar que es mas agradable y provechoso el paseo á pié; y que aquí solo las mugeres se pasean en carruaje, y aun eso, mas bien por seguir una inveterada costumbre que por gusto y comodidad.

—Pues, por lo que á mí hace, repuso Zaragate, alabo sobre manera el gusto de las bellísimas hijas de este país, y ya le he echado varias veces mis indirectillas del padre Cobos al *Moro Muza* para que compre un hermoso coche.

—En ello, amigo bey, no calcula V. sino su comodidad, puesto que nada tiene que lucir, embutido en un carruaje.

—A mí se me figura, cuando veo pasar un quitrín que lleva tres lindas jóvenes, contemplar una preciosa concha que contiene tres alabastrinas perlas

—Es cierto, pero mucho más le encantaría el ver á esas niñas paseando á pié, luciendo las mil seductoras gracias con que plugo al cielo dotarlas. Entonces podría V. admirar el talle esbelto, los ojitos dormilones, la boquita chiquirritica, el modo de andar, al parecer indolente, el piecico enano de esas privilegiadas hijas de los trópicos.

—Ya podremos admirar algunas de ellas en los salones del Liceo y Escauriza.

—Seguramente, pero ya sabe V. amigo Zaragate, que de noche todos los gatos &c. y que no es oro todo lo que reluce.

Entre tanto y á duras penas, dando brincos y saltando como maromeros, huyendo de los baches, vadeando arroyos y lagunas, y no pocas veces caminando *de bolina* por las llamadas aceras, llegamos á la calle de *****

—¿Qué está haciendo aquel hombre, en medio de la calle, preguntó el *Moro Muza*, que parece un jugador de cubiletes?

—Está enjuagando con agua sus vasijas ó botijas de leche ya vacías, para que no quede en ellas madre ó poso mañana.....

¿Madre de agua ó de leche?

—De leche, Sr. de Muza.

—Pues qué? es tan espesa la leche de este país.....? Yo la tomo todos los días.....y miren que caso, no había yo reparado en ello; mas diré: creí que fuera más cristiana.

—A propósito, Sr. de Muza; ¿ha comido V. yuca?

—¡Hombre, hombre! ¿Que está V. diciendo.? ¿Soy yo por ventura antropófago?

—¿Cómo!

—¡Lo digo porque días atrás un individuo que pasaba por mi casa le decía á otro: ¡ca, mará, Perico es yuca!

—No me refiero ahora á los *guapos* á quienes se les da ese nombre; hablo de una vianda del país así llamada. Ya la comerá V. en el *agüaco*. La china Petrona condimenta ese sabrosísimo plato de un modo que se chupa uno los dedos.

—Chupándomelos estoy ahora, dijo Zaragate, viendo á tantas damiselas en esta *cua-dra*. ¡Carambola! ¿Que lindas! Y ¡como nos miran..... como si quisiesen conocernos! Tate, amigo D. Juan puede que sean paisanas nuestras.

—Por ahí, por ahí, repuso D. Juan; así como V, las vé, Sr. Zaragate, son personas muy formales.....y puntuales en sus pagos y compromisos; por eso viven en las mejores calles y habitan las casas más hermosas. Son unas infelices á quienes debemos *compadecer*. Por lo demás se creen afortunadas y muchas lo son.

—Estoy tarareando, dijo el *Moro Muza*, la cavatina de salida del "Otelo ó el moro de Venecia" del inmortal Rossini. ¡Que magnífico moro hacia Rubini en esa ópera! ¡Que música! Y ¿habrá quien prefiera á esa obra maestra la "Traviata" de Verdi?

—Ay ¡ que olor tan provocativo, exclamó Zaragate!

Me parece que estoy oliendo alcuzeuz.

Estábamos á la sazón en el barrio del Angel. Nos dijo D. Juan que, en épocas anteriores, la fiesta consagrada á celebrar el santo era en extremo bulliciosa y animada, y que durante la octava había toda clase de diversiones más ó menos permitidas. Cuando llegamos al pié de la loma reinaba la mayor algazara: acá y acullá, y á derecha é izquierda, vendedores y sobre todo vendedoras de tortillas de sal, de dulce, con mucho, poco ó ningún huevo, al gusto de los consumidores. Es de ver el apetito incesante que en algunos individuos é individuos despiertan las tales tortillas, con gran alegría de las tortilleras africanas, que son las que tienen verdadera gracia para dar á la pasta el correspondiente *sainete*.

No faltan prógimos que las van engullendo por la calle, una tras otra, como píldoras, y, cosa singular, esos mismos prógimos, que por nada de esta vida comerían públicamente ni una almendra, se zampan el día de S. Rafael una docena de tortillas con el mayor desenfado. En eso se parecen á ciertas niñas que no dan la mano á un amigo en una visita, y la misma noche bailan con él abandonándole, no solo ambas manos, sino el talle.

—No sería malo, dijo el *Moro Muza*, que probásemos esas tortillas, porque, á la verdad, el paseo me ha formado en el estómago una *hebritis* ó *hilitis* que es preciso curar.



—Entremos, repuso D. Juan, en esta casa, que aquí vive una *seña* Colita que se pinta sola para confeccionar este artículo del arte culinario. Las tortillas de esa laboriosa artista se llaman de *Papaúpa*, nombre sumamente significativo y que trae su origen de la palabra española *papá* y de la inglesa *up*, que es como si dijéramos: "papá, arriba," ó mejor dicho: "papá, cárgame," y traducido libremente: "papá, déjame alcanzar el plato de tortillas que tienes en la mano." Sabiendo la *seña* Colita por espe-

riencia que los niños, á fuer de golosos, son los jueces más competentes en materia de dulces, pastelitos ó tortillas, bautizó con el nombre de *papaúpa* su sabrosa mercancía.

Nos sirvieron dos enormes fuentes de las susodichas tortillas, que devoramos con ansia, particularmente Ibrahim-Zaragate, que escojía las de sal para que no le empalagaran tanto.

—Señores, dijo D. Juan, moderad vuestro apetito, pues no es muy difícil atrapar un empacho....

—Por eso no, contestó la artista en tortillas, pues si alguno de los señores se empacha, le curo yo en un santi-amen.

—¿Y se puede saber cómo? preguntó el *Moro Muza*, que estaba en su décima tercera tortilla.

—Levantando el pellejo pegado al espinazo, poco á poco, con los dedos, á manera de pellizeco, y..... sale el empacho. Los médicos no creen en esa enfermedad; por eso se les mueren todos los empachados que se ponen en sus manos.

Sonrióse el *Moro Muza* y pagó generosamente las tortillas y la receta contra el empacho. Salimos de la casa.

—¿Sabe V., amigo D. Juan, dijo el *Moro Muza*, que esa turba de hombres á caballo, que van pregonando sus frutas y viandas, tienen un privilegiado pulmón? ¿Qué voces tan robustas é infatigables!.....

—Agregue V., Sr. de *Muza*, que algunos de ellos poseen una voz muy flexible. Conozco, sobre todo, á uno que usa la voz de bajo profundo para pregonar sus legumbres y frutas, y la de un tenor *di grazzia* para imitar á los billetteros de la Real Lotería. Así es que ejerce dos industrias bastante productivas.

Ese hombre, repuso el *Moro Muza*, sería una joya de gran valía para la actual Empresa de zarzuelas, puesto que podría cantar con igual buen éxito el papel de barítono en el "Dominó Azul" y el de tenor en el "Tío Caniyitas," y no dudo que los Sres. Birelli y Latorre le quedarían sumamente agradecidos.

—Ya, ya, dijo D. Juan; alude V. á los dos *fiascos* que todos conocemos. ¿Quién tiene la culpa? La Empresa y solo la Empresa. Lo que no puede darse, no debe darse, máxime cuando lo que se da..... no es de guagua. Es muy cierto que el *tiempo es dinero*; pero á eso pudiera contestar el *benévolo* aquello de: "manos pagadas, manos quebradas."

—Yo me despepito, exclamó Zaragate, por "El Tío Caniyitas," "Diego Corrientes, ó la historia de un bandido generoso," "Los Diamantes de la Corona," "José María" y otras obras del mismo linaje.

—Cada día, repuso el *Moro Muza*, das nuevas y relevantes pruebas de tu pésimo gusto tocante á la música y á la literatura dramática, encontrando halago en las monstruosas producciones del teatro andaluz. Con efecto; para tí, pobre Zaragate, nada hay en el mundo más digno de alabanzas que las obscenas ocurrencias de un desvergonzado rufian, ó las hazañas de los salteadores de caminos, á quienes se pinta como

dechados de las mas apreciables virtudes, ó como inocentes víctimas de la injusticia de los hombres.

Después de comer, nos trajo D. Juan un palco para la ópera italiana, la cual debía dar su primera función el miércoles, poniendo en escena el celebrado "Barbero de Sevilla", del papá Rossini.

El martes volvimos á oír "Los Diamantes de la Corona." En esta zarzuela desempeñó el papel de Sandoval el Sr. Carminati, en lugar del Sr. Grau, que lo hacia anteriormente. El Sr. Carminati fué muy aplaudido en su aria de salida, y quizás hubiera logrado igual éxito en las piezas concertantes si en su obsequio se hubiese dado otro ensayito menos corto á la referida zarzuela.

Hemos pasado la semana bastante distraídos, visitando, en union de D. Juan, los panoramas, á Brunet-Alí todas las noches, y concurriendo al baile de Escauriza el domingo último, cuyo baile estuvo muy favorecido de bellas jóvenes y de buenos mozos. El dueño de aquel elegante local obsequió á las niñas con varias bandejas de dulces. Parece que á los niños les llegará su turno, pero no se ha señalado aun el día.

La danza cubana nos agradó infinito á todos, menos al buen Zaragate, á quien le place mas el "papalote."

Almanzor sigue taciturno y con spleen ó flato. En vano se desgaita el Moro Muza para convencer al enamorado bey de que nada adelanta con estar hecho un babieca mirando en el teatro á la sultanita de la tertulia; que, antes bien, debiera indagar la morada de esa joven beldad, y si entrambos se petaban, todo se arreglaría para el matrimonio, y por supuesto, condicion *sine qua*, no hay entre cristianos amor perpétuo. Nada..... Almanzor prefiere gemir en su cuarto, componiendo versos que Zaragate encuentra excelentes. El pobre bey apenas come. Dice que su amor le nutre y conforta mas que un guanajo relleno con trufas. Eso va en gustos: Zaragate no es de la misma opinión.

El miércoles ocupamos nuestro palco en el gran teatro. Numerosísima era la concurrencia atraída por el deseo, segun nos dijo D. Juan, de volver á saludar y aplaudir á la Pepita Gassier y su esposo, como tambien para conocer el nuevo tenor Signor Testa que habia de estrenarse en el papel de "Almaviva." Hé aquí el juicio que formuló el Moro Muza respecto de la representacion de "El Barbero de Sevilla," con los comentarios que leerá el que quiera.

Me parece que los esposos Gassier, son dignos de las simpatías que disfrutaban en esta capital. La señora Gassier tiene una voz flexible que se presta á acometer osadamente los trozos de mas difícil ejecución. El señor Gassier es un buen actor: su voz, sin ser robusta, es agradable. En el papel de Figaro, demuestra bastante viveza y no poca gracia. El señor Testa, es todavia muy joven, y por tanto digno de la indulgencia del público; y aunque la empresa afirma que ha cantado el señor Testa, en Milan, Nápoles, Florencia, etc., con general acep-

tacion, tengo justos motivos para creer que en todas esas ciudades habrán encontrado en el señor Testa, en primer lugar, poquísima voz, de timbre incierto, aunque manejada con arte, si bien abusando el cantante de las *frioriture* y *gorgoritos*, que no ha soñado en escribir el Maestro; en segundo lugar, esa misma debilidad de voz deslucen las piezas concertantes, y por último el Sr. Testa, como actor, parece mas bien Almaviva que Almaviva, por la constante frialdad con que ejecuta el papel de un galán enamorado, y un galán de aquellos tiempos de serenatas, disfraces é intrigas. Si he sido severo con el Sr. Testa, culpe este joven cantante á la empresa que no le anunció cual debiera, sino con inverosímiles antecedentes y pretensiones que acallan la indulgencia para hacer hablar á la crítica severa, pero justa.

En cuanto á los señores D. Bartolo y don Basilio, quiero decir, los señores Gasparoni y Nanni, nada diré, sino que cada día me convenzo mas y mas de que *la gracia*, la verdadera *gracia* no se adquiere: es un don que la naturaleza concede..... y lo que ella no da..... naranjas de la China. Triste cosa es, por cierto, que por algunos cantantes italianos se considere "el Barbero de Sevilla," como un *sainete* ó ridículo *estremés*, y como tal se represente, cual si fuera una *farsa bufona*, digna de un final de función de cabalitos; cuando esa obra es una de las concepciones mas finas, delicadas é ingeniosas del siglo pasado; obra que inmortalizó á Beaumarchais, su autor, y obra en fin, que inspiró á Rossini una de sus mas originales y populares creaciones.

Terminaré suplicando á la empresa, que se sirva decirme si los músicos del siglo en que el conde de Almaviva y D. Bartolo, vestían el traje á la *antigua española*, nombre con que se le distingue en los teatros, usaban pantalones blancos y botines de charol. Aparecen los referidos músicos, todos uniformados con el calañés y largas capas negras, como, si mal no recuerdo, se presentan en el tercer acto de "Hernani," en la escena de la conjuración.

Yo creo que el público, que tan caro paga el espectáculo lírico italiano, tiene derecho á exigir que este se decore como corresponde y no con ridículos anacronismos. No basta *ganar tiempo y salir del paso*, así..... de cualquier modo, porque el abono está en *jaba*; es preciso, es decoroso corresponder á la protección con que favorece á la empresa el generoso gremio de los *delettanti* habaneros, que son cultos é indulgentes..... *ma non troppo per la Madonna*. Señores, me parece que he dicho algo..... ya se acabó la función.

—Nada le dice V. hoy á "los moritos," dijo D. Juan, con socarronería.

—Ah! si..... muy lindos, preciosos..... ¿No repara V. en los vencedores, cuyos rostros estan tan colorados? Pues es de vergüenza..... Vámonos, señores, salgamos cuanto antes de aquí.

MUSTAFA.

CONTRASTE DE LOS TIEMPOS.

¿Que flor no se marchita?
¿Cual es el fuerte roblo
Que el huracan no troncha
O el tiempo no carcome?
¿Que dicha no se acaba?
¿Que hora veloz no corre?
¿Que estrella no se eclipsa?
¿Que sol nunca se pone?

ZORRILLA.

He aquí lo que yo, el bey Almanzor, recito sin cesar, desde que dió en hacerme desgraciado una ingrata cristiana de esta tierra, que sin duda me ha desairado por haber tenido la desdicha de no comprenderme. Lo único que me consuela es que todo pasa en este mundo, como dice Zorrilla, y en efecto, esta idea me hace reflexionar á menudo en el contraste de los tiempos.

Todo pasa, es verdad, pero lo malo es que las cosas buenas pasan de veras para no volver, y las malas pasan de un modo permanente, de modo que, aunque parezca que van de paso, nunca dejan de pasar. Pondré algunos ejemplos berberiscos para lucirme, ya que no para demostrar lo que dejo apuntado. En todos tiempos se ha hecho mencion de heróicos sacrificios, de acciones sublimes, de pruebas de lealtad y buena fé, cosas de que, generalmente, se habla hoy en pretérito. Al contrario, antiguamente rara vez se presentaba un caso de refinado egoismo, de ruin envidia, de grotesca presuncion y de otras cosas que han llegado á ser moneda corriente, por cuya razon, cuanto mas de prisa van pasando, menos acaban de pasar.

¡Dichosa edad! como decia el ilustre manchego del inmortal *manco de Lepanto*. "¡Dichosa edad aquella en que los hombres blasonaban de llevar á punta de lanza aquel proverbial lema de: "Dios, mi rey y mi dama," palabras que espresaban toda una época de caballerosidad y abnegacion." Pero si Cervantes se quejaba entonces, ¿quién haria hoy al ver que de su *Sancho* no ha quedado mas que la constante apoteosis de la *Panza*?

En los tiempos antiguos, el solo acto de romper un plato constituía un gran delito, y la prueba está en que para ponderar las apariencias de excesiva bondad en un individuo, se decia: "parece que en su vida ha roto un plato." En el día tiene cualquiera el privilegio de romper, no digo yo toda una vajilla sino tres ó cuatro bancos ó bancas, y, lejos de tomarlo la gente á mal, se suele recomendar al que ocasiona tales destrozos, diciendo: "¿Quién? ¿Fulano? Es hombre de provecho, y la prueba de su habilidad está en que ha hecho varias veces bancarrota." Verdad es que no todo el mérito pertenece á la práctica, pues algo es preciso conceder á la teoría, y en efecto, desde que comenzó á estudiarse á fondo la *partida doble*, parece que en todos los negocios humanos hay *doble partida*.

¿Y qué diré de la lealtad en los amores? Por desgracia soy parcial en el asunto y mi voto parecerá hijo del resentimiento; pero,

con todo, séame permitido recordar aquellos versos en que D. Miguel Agustín Príncipe describió la edad media:

¡Oh! ¡que era bello mirar
Cien hombres y una muger,
Ellos disputando el premio
Y ella ciñendo su sien!

Pero en el día el amor es una almoneda, y hay amoreitos de diferentes precios, como si fueran calcetines, y cuando una hermosa llora la ausencia del ser venturoso que la ha flechado, manifiesta ser su dolor tan acerbo, que al momento procura consolarse con el primer sustituto que se presenta. Convencido de esto, dijo el escéptico Espronceda, dirigiéndose á la mas cara y aun exorbitante mitad del género que por antífrasis sigue llamándose humano:

¡Dichoso el que suspira
Y oye de vuestra boca regalada
Siquiera una dulcísima mentira
En vuestro aliento mágico bañada!

El amor de Platon, en una palabra, ya no se estila. El superlativo de plato, que es Platon, ha desaparecido, dando nacimiento al plural de la citada vasija para contener todo lo que ha podido conservarse de los bienes derramados por el ciego Cupido. Así, para definirse hoy el amor con propiedad, se puede decir que es..... *nada entre dos platos.*

Pues, ¿y el honor? Para esos prójimos á quienes realmente debiera uno dar contra una esquina; para esos seres materialistas que pudren la sangre al hombre mas paciente, no se ha reducido el honor á cero como el amor, lo cual ya sería deplorable, sino que lo miran como un cuerpo postizo, como una peluca en la cabeza del que no está pelon, como un funesto pleonasma en la retórica de la sociedad humana, y para definirlo acuden á esta redondilla de cierto poeta que, al subir al Parnaso, equivocó el camino y se fué á parar á los infiernos:

Es el honor avechuchu
De condicion tan menguada.
Que no nos sirve de nada.....
Pero nos priva de mucho.

El que tal heregía escribió, merecía, en efecto, verse donde ahora se encuentra, segun las últimas noticias recibidas del país de los tostados, por mas que acertase á formular con cierto sabor clásico los perniciosas máximas dominantes en punto al honor.

En cuanto á la *fé política*, muchas cosas tenia que decir; pero, atendiendo al carácter puramente literario del *Moro Muza*, las suprimo voluntariamente. Dice Baldoví, un sueco amigo mio:

De política la fruta
No entre nunca en nuestro cesto,
Que es manjar tan indigesto
Como la misma cicuta.

Y tiene razon; mas de cuatro empachos he surifido yo con la dichosa fruta de la política, y me alegro de haber descubierto la

causa de tales indigestiones para no repetir la prueba. Como dice el refran, de los escarmentados nacen los avisados, y ya que por ser moro me esté prohibido el uso del vino, haré lo posible para no verme en la precision de tragar aceite.

Vamos á la conciencia. ¿He? ¿que significa eso? ¿Donde hallaremos hoy ese noble sentimiento de que con razon se enorgullecian nuestros antepasados? ¿En los albaceas de una testamentaria opulenta? ¿En los criticastros que solo obedecen á la inspiracion de la envidia cuando muerden lo que no están en situacion de comprender, ó que juzgan de las obras por las antipatías personales, cuando no cegados por un punible espíritu de antagonismo nacional? ¿En el filántropo prestamista que solo ejerce la caridad cristiana mediante un ciento por ciento de utilidades, asegurado por una garantía mas sólida que los argumentos del mejor abogado?

Conozco, á fé de bey Almanzor, que todas mis reflexiones nada valen ante los progresos de este siglo del movimiento; pero esto no quita para que yo caiga en la misantropia. Si señores, quiero ser misántropo como el famoso Moliere, y sobre todo, quiero desahogarme gritando como un energúmeno, como un verdadero beduino, en fin, como lo que soy: *¡oh tempora, oh mores!* ¡oh tiempo de los moros!

ALMANZOR.

EPÍSTOLA AMOROSA.

Ahí vá, el caballo de copas, una epístola amorosa, que encontró dentro de una volanta el bey Ismael, quien opina que de seguro habrá la tal epístola transformado el magin á la Dulcinea que la haya inspirado.

“A tí hermosa Pepita”

Estas letras te dirijo,
para decirte no dejo
escribirte en poesia.

Y así perdoneis os pido,
y aunque para tí sea poco
va buscando al de usted
mi corazon hecho un loco.

Mis versos te doy, hermosa
y aunque el católico coro
me negó un arte preciosa
para decir que te adoro

lo mismo da en verso que en prosa.

CIRIACO.

Si las dos redondillas son buenas, mejor es la quintilla, cuyo último verso «lo mismo da en verso que en prosa» revela una franqueza por parte del tal Ciriaco, que raya en sublime. No sería malo que imitase al autor la turba *multa* de comunicantes sonetistas, particularmente los cantores de natales ó dias y tambien los que dan en la gracia mohosa de despertar todos los años á los difuntos que yacen en su tumba fría, y que maldito si agradecen la *poesia* de esos vates, llorones sempiternos y fastidiosos.

¡DIOS LE CONSERVE EN SU GRACIA!

—Conozco, dijo un día D. Juan al *Moro Muza*, conozco un sugeto á quien todo sale á las mil maravillas. Casóse, y enviudó; sacó el premio grande de la lotería; le dejaron cesante para que no trabajara y cobrase la mitad del sueldo; riñó á muerte con su querida, y le dieron calabazas despues todas las mugeres á quienes se dirijió. Juega al tresillo, y cuando no da *bola*, tiene cinco *estuches*. Le convidan á comer en casa de *LeGrand* y nunca le dejan pagar. Allá, en la época de las mil y una sociedades anónimas, le regalaron cuatrocientas *acciones* que vendió al veinticinco por ciento de prima. Por supuesto, ni padece de enfermedades, ni tiene callos ni juanetes; nunca le molesta el calzado; ni le piden prestado, ni se queda nadie con su nombre en la memoria; ni es jóven simpático, ni le piden sonetos para los aniversarios de muertes ó nacimientos; no le confunden con otra persona y así no corre el peligro de que le metan en la cárcel; nunca le afeita ningun aprendiz. Inútil es decir que jamás le convidan á los entierros, y sí á los bautismos y velorios de *mondongo*. Por muy enfangadas que estén las calles, jamás le salpican los caleseros ni los cocheros, y, lo que es mas sorprendente, nunca estos últimos señores usan con él el lenguaje y los modales que acostumbran.

—¿Qué insolente, repuso el *Moro Muza*, qué insolente es la fortuna cuando da en favorecer á sus escojidos!

A última hora.

—Segun Quevedo, las señales mas infalibles de agua son: ver llover y no tener para vino. En virtud de estas y otras observaciones, cree el *Moro Muza* poder asegurar á sus apreciables suscritores que pronto tendremos agua. ¡Ya era tiempo!

—Todavía tiene el *Moro Muza* que dar una mas estupenda noticia á sus amados lectores, y es que, á juzgar por la ley de las series ó de las analogías, el primer artículo del siguiente número de este periódico empezará con la letra *D*, cuarta del alfabeto si no miente la gramática parda de los Califas. Hay mas: á la *D* seguirá probablemente la *E*, y sucesivamente las de todo el abecedario, en que se lucirá, como de costumbre, nuestro gran Tamerlan *Robles-Abdul*.

—Considerando el *Moro Muza* que el escribir con correccion ha llegado á ser un delito, empleará en adelante la peor ortografía posible para dar gusto á la crítica reinante. La prueba de esto está en que, habiendo un apreciable librero de la calle de O'Reilly anunciado «*dibros casi de balde*» no ha faltado periodista que le dé una buena filípica por haber escrito *balde* con *b*, que es como se escribe, y no con *v*, que es como el crítico manda que se escriba. El *Moro Muza*, no queriendo esponerse á tener razon en los tiempos que alcanzamos, ni por consiguiente ser objeto de una burla sangrienta como la que se hace del citado librero por la imperdonable falta de usar la verdadera ortografía, escribirá *valde* con *v*, y si llega el caso de que se verifique aquello que nos refiere Hartzembusch en una fábula, y es que los cojos se mofen de los que andan derecho, promete ponerse de parte del mayor número.

HABANA.

Librería é Imprenta EL IRIS, de Majla Pujolá y C.
CALLE DEL OBISPO N. 121.